

EL EPIGRAMA, FLOR DE ANTOLOGÍA

ANA PEÑAS RUIZ

Investigadora FPI – Fundación Séneca

Universidad de Murcia

Mas al festivo ingenio deba solo
El sutil *Epigrama* su agudeza:
Un leve pensamiento,
una voz, un equívoco le basta
para lucir su gracia y su viveza;
y cual rápida abeja vuela, hiere,
clava el fino aguijón, y al punto muere.¹

De este modo definía Francisco Martínez de la Rosa en su manual de preceptiva literaria en verso de 1827 el epigrama, mediante los rasgos de agudeza de ingenio, sutileza, brevedad y concisión que han caracterizado esta forma literaria desde que empezara a ser cultivada con tal carácter literario en la Roma Imperial. Rasgos que los lectores de *El epigrama español*² pueden comprobar por sí mismos en esta reciente antología que reúne algunos de los mejores epigramas escritos en lengua castellana desde el siglo XVI.

La oportunidad de una antología como la que publica Espuela de Plata es evidente si se echa un vistazo a la bibliografía previa, abundante en lo que se refiere a epigramática de autores extranjeros –especialmente de la Antigüedad, desde Marcial a Calímaco o Teócrito– pero escasa en lo que se refiere al cultivo de este género poético en nuestro país. Demasiado lejos quedan hoy las antologías de Amancio Peratoner (*Museo epigramático o colección de los más festivos epigramas y otras*

¹ Francisco Martínez de la Rosa, *Poética*, en *Obras literarias de don Francisco Martínez de la Rosa*, tomo I, París, Imprenta de Julio Didot, 1827, pág. 46.

² *El epigrama español. Antología*, ed. José Esteban, Salamanca, Ediciones Espuela de Plata, 2008, 445 pp.

composiciones análogas escogidas de nuestros poetas antiguos y modernos, 1866), Federico Sáinz de Robles (*El epigrama español: Tirso, Góngora, Quevedo...: Siglos XVI, XVII, XVIII y XIX*, 1919) o Pédro de Répide (*El epigrama español. Del siglo I al XX*, 1941). Era necesaria, pues, esta nueva selección de José Esteban que “viene a llenar un vacío”, como se anuncia en la solapa del libro. Mediante un recorrido diacrónico, nos adentramos con *El epigrama español* en un viaje desde la Hispania de Marcial hasta las flores de ingenio de los poetas de los Siglos de Oro, desde las agudezas de los ilustrados dieciochescos hasta el ‘punzante gracejo’ de los románticos.

En la “Introducción” (pp. 7-26), el antólogo nos sumerge en el mundo del epigrama a través de unas breves consideraciones sobre su nacimiento en Grecia y Roma y su evolución y desarrollo posterior en las literaturas modernas. Forma protéica, el epigrama pasó de la letra cincelada en mármol y piedra –en las antiguas inscripciones griegas y latinas, en verso y generalmente de carácter funerario, conmemorativo o votivo³– al papel, como instrumento al servicio de la lírica, ya en época helenística. Para José Esteban, este proceso evolutivo es difícilmente explicable, si bien constituye, a mi juicio, una de las claves fundamentales para la comprensión de este género poético.

Partiendo de distintas definiciones del epigrama –desde la académica hasta las que han ido ofreciendo, a lo largo de los siglos, los propios cultivadores: Iglesias de la Casa, Martínez de la Rosa, Gregorio de Salas o Hartzenbusch–, se enumeran las características que dan carta de naturaleza a esta forma poética –brevedad, suspense, giro final...–. Y todo ello con un estilo que podríamos calificar en sí mismo de “epigramático”, dada la concisión, la claridad expresiva y la extensión breve de la “Introducción”.

José Esteban da muestras de estar bien documentado, aportando una profusión de citas y referencias eruditas –desde Owen o Lessing a Coll y Vehí, Menéndez Pelayo, Sáinz de Robles o Francisco Cutandas, al que sigue de cerca–. Aunque sin entrar en cuestiones más específicas –pues no se trata de hacer un análisis teórico–, se refiere a la relación entre el epigrama y otros géneros prosísticos breves, como el fragmento, el aforismo, la máxima o la sentencia, así como a sus vínculos con otras modalidades, especialmente la sátira.

Además de la “Introducción” del antólogo, en *El epigrama español. Antología* encontramos un texto clásico de Andrés González Blanco (1886-1924), a modo de

³ La misma etimología lo indica: to epigrama, atoj significaba en griego “inscripción”; literalmente, “sobre la letra”.

epílogo: “El epigrama a través de las literaturas y de los tiempos” (pp. 443-445); un sumario repaso al cultivo de esta forma literaria desde sus orígenes.

En cuanto a la estructuración de la selección poética, la disposición de los textos sigue un recorrido diacrónico por la historia literaria, como suele ser el criterio habitual en las antologías: “España romana” (pp. 29-39), que contiene veintitrés epigramas de Marcial, “Algunos sonetos epigramáticos de diversas épocas” (pp. 41-49), “Siglos XVI-XVII” (pp. 51-156), “Siglo XVIII” (pp. 157-232), “Siglo XIX” (pp. 233-353), y “Epigramas anónimos de autor dudoso” (pp. 355-439). Por otra parte, esta selección esconde, obviamente, el criterio personal del antólogo, que ha querido incluir un capítulo específico donde recoger algunas muestras de lo que denomina “soneto epigramático” –si bien también encontramos sonetos en otros apartados, por ejemplo de Lope de Vega (“A Elena Osorio”, p. 85) y Quevedo (“Zahurdas de Plutón”, p. 94)–. Dado que el recorrido temporal se detiene en el siglo XIX, se echa de menos una sección dedicada al epigrama posterior –aunque Esteban indica que se ocupará de ello en otro lugar: “Los epigramas del siglo XX no entran en nuestro objeto y se quedan para recopilar en mejor ocasión.” (21)–.

El hecho de que el inicio del viaje por la historia del cultivo del epigrama en España se sitúe en Marcial responde al hecho de que éste fue no sólo uno de los modelos clásicos del epigrama romano, sino el referente para la gran mayoría de los epigramistas posteriores, que lo imitan y se inspiran en sus textos. Con Marcial se puede hablar ya de una poética del género, que dignifica y codifica, desde la forma hasta el tono –alejado siempre de lo personal, como defendía en el famoso verso “*parcere personis, dicere de vitiis*” (X, 33, 10)– y los temas.

Serán recurrentes la sátira de oficios –los médicos, por ejemplo, que aparecen en epigramas de Marcial (p. 32), Juan de Iriarte (p. 161) y Moratín (p. 172)–, o tipos sociales propios del momento histórico –el eunuco en Marcial (p. 39), el “erudito a la violeta” o el tópico del “viejo y la niña” (p. 129) en el XVIII, el cesante en el XIX (p. 271)–; así como la censura de vicios y costumbres –la glotonería (p. 34), el uso del palillo (p. 143), el matrimonio en múltiples epigramas de todos los tiempos, etc.–. Asimismo, se repite a lo largo de la historia del epigrama la misoginia en el tratamiento de la mujer, tan abundante que pueden encontrarse ejemplos en casi todos los epigramistas; la inclusión de referentes literarios –ya sean personajes o intertextos de la literatura culta y popular: Simplicio (p. 204), Sancho Panza (p. 221), Celestina (p. 281), Juan Palomo (p. 302), etc.–; la codificación patronímica, reflejada en la iteración de nombres castizos –Inés, Juana, Leonor, para ellas; Luis, Diego, Blas, para ellos– o de ecos clásicos –Lauro, Clori, Pomponio...–; el epigrama metaliterario o autorreferencial –que acota una definición, función o rasgos específicos de esta forma

(pp. 130, 222, 252...); el epigrama-epitafio (pp. 80, 141, 174, 235...), el epigrama descriptivo de escenas de costumbres (pp. 166-67, 195-96, 303)...

Un estudio que se planteara realizar una poética del epigrama revelaría, sin lugar a dudas, complejas redes temáticas que se entrecruzan en las manifestaciones epigramáticas de las distintas literaturas occidentales y orientales. El epigrama, de hecho, ha sido relacionado con el haiku, aunque quizá este parentesco genético tenga más de exógeno –la brevedad es un rasgo compartido– que de endógeno –a nivel temático o tonal, son muchas las diferencias entre haikus y epigramas–. Una lectura atenta de los epigramas revela esa iteración de temas y motivos en el ámbito estricto de la tradición literaria hispánica. A veces, las coincidencias revelan una mera traducción o copia del original latino; otras, encontramos interesantes variantes que ayudarían a configurar el espacio genérico en el que el epigrama se ha movido desde su nacimiento. En este sentido, la presente antología es muy útil tanto para el especialista, que encuentra gran cantidad de material en el libro, como para el público que se acerca al epigrama por curiosidad o casualidad. Sea como sea, esta antología divertirá e instruirá a ambos tipos de receptor, cumpliendo con la vieja máxima del *docere et delectare* y justificando su inclusión en una colección que, como ésta de Ediciones Espuela de Plata, lleva por nombre *Los humoristas*. Humoristas en ocasiones tan ilustres como Góngora, Lope de Vega, Quevedo, Jovellanos, Cadalso, Mesonero Romanos o Tamayo y Baus, pero muy a menudo –aunque en la antología se recojan, por cuestiones lógicas de espacio, sólo unos cuantos– burlones anónimos, transmisores e intermediarios de la tradición literaria culta y popular que encubren los epigramas.